



Sopena

Mi primera lectura

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sopena

Mi primera lectura

Narraciones infantiles

Un perro inteligente

Nector es un perrazo de pastor y a la vez un personaje muy inteligente. Si os oye gritar ¡gatos! ladra y echa a correr.

Su instinto es tan sorprendente que, en ocasiones, diríase que su cerebro razona y deduce como pudiera hacerlo una mente humana.

Ese niño que veis en el dibujo se ha deslizado escaleras abajo y se ha perdido. Nector parece adivinarlo.

No debe saber exactamente cuál es su puerta: por eso está custodiando al angelito hasta que llegue un policía. Este averiguará pronto cuál es la madre que ha perdido a su bebé.

La primavera en el bosque

Era el primer día realmente primaveral del año: un espléndido domingo. Después de oír misa, Dora, su padre y su madre, fueron a dar un paseo por el bosque. En los árboles empezaban a brotar las nuevas hojas, tan lindas, viéndose sólo asomar unos puntitos verdes en las áureas yemas, prontas ya a abrirse.

-¡Qué hermoso es esto! -dijo Dora.- Me gusta la primavera porque todas las cosas ¡parecen tan nuevecitas!...

-Escucha -repuso su padre,- ¿oyes ese canto?

-No, ¿qué es? -preguntó Dora.

-Sentémonos y escuchemos de nuevo.

Ahora ¿lo has oído esta vez?

-¡Ah sí! ¡es un cuclillo! ¿De dónde ha venido? -añadió Dora.

Su padre la sentó en sus rodillas, y le explicó que el cuclillo huye siempre en invierno y sólo vuelve en la primavera.

-¡Qué lindo! -dijo Dora- Me gustaría ser un cuclillo. Pero no: no quiero decirlo. Creo que es mejor ser una niña, porque..... pues sí, porque tengo vestidos nuevos todo el año y no solamente en la primavera como los pájaros y los árboles.

Un diálogo

-Tú que sentado ahí estás,
¿querrás decirme quién eres?

-Soy un perro muy hermoso,
¿no lo ves ya? ¿qué me quieres?

-Yo soy un gato de Angora,
un gato muy mono ¿entiendes?
pero que jamás de un perro
temió el afilado diente.
¿Deseas luchar conmigo?
Baja, pues, ya, si te atreves.

-Gracias, gracias, compañero;
permíteme que no acepte;
que en aquestas
circunstancias el trato no me conviene,
pues tú eres de carne y hueso,
un ser que vive y que siente
a diferencia de mí,
que soy un simple juguete
de porcelana muy frágil,
tan quebradiza y endeble,
que mi insegura existencia
de un leve choque depende.

La muñeca de Juanita

Juanita daba rienda suelta a su charla infantil. Yo sólo escuchaba, asentía y miraba.

La niña parecía estar gozosa, muy gozosa, como si se hallara bajo la agradable impresión de algún fausto acontecimiento.

-¡Oh sí! estoy mejor -me dijo- pero, naturalmente, usted querrá ver mi muñeca. Bueno; primero le hablaré de ella y luego se la enseñaré. Su nombre es «Reina Regente» y usted no podría adivinar nunca, jamás, por qué lleva este nombre. Es porque ella me la regaló estando yo en el hospital. Ya sabe usted que mamá, la pobre, me llevó allí. Un día, la enfermera me dijo que la reina venía a vernos. ¡Magnífico! ¡Una reina entera y verdadera! Yo estaba muy contenta; quería verla bien.

Pero cuando entró en la sala quedé sorprendida. ¡Ni corona, ni manto de armiño, ni cetro, ni pajes! Una señora elegante, con vestido negro y con sombrero, acompañada por un caballero como cualquier otro, que nos traía una bandeja llena de juguetes.

Me dio la muñeca, sin que yo me asustara lo más mínimo. Le dije: -¡gracias, graciosa majestad! -y entonces ella sonrió. Es una linda muñeca, y voy a enseñársela si se espera un instante.

Alicia monta a caballo

Luisito iba a dar un paseo a caballo con su padre, cuando, después que las cabalgaduras estuvieron dispuestas, oyó que su hermanita Alicia gritaba:

-¡Oye, Luisito! Yo también desearía ir a caballo.

-Temo que aun no sepas montar lo bastante bien -dijo Luis;- pero, si quieres, daremos un paseo sólo para ti, mañana por la mañana.

-¡Oh! ¡Muy bien, muy bien! ¡Qué alegría! -exclamó Alicia.

Y, para demostrar su contento, se puso a saltar como ligera cervatilla.

Así, pues, a la mañana siguiente, Luis ayudó a Alicia a montar en su jaquita y fueron a dar una vuelta por la granja.

-¡Cuánto me gusta esto! -decía Alicia.- Espero que pronto sabré montar tan bien como tú, Luisito.

Así lo creo -repuso Luis;- pero ahora, querida, debemos detenernos. Necesito bajar al parque para ver lo que hace nuestro bebé. Puedes venir conmigo, si gustas.

Y, al llegar al parque, encontraron a la niña en su cochecito, mirando al cielo y cantando con toda la fuerza de sus pulmones.

-Me parece que le gusta eso tanto, como a mí montar a caballo -dijo Alicia.

Dos pilluelos

Tú te los llevas a disgusto, lo sé. Son un par de pilluelos muy difíciles de domar.

-¡Qué tontería! -dijo el tío Jorge.- Vamos, prepáralos para el viaje y confía en mí.

Y Matilde y Germán bailaban alrededor de la mesa alegremente, pues su tío Jorge, que había ido a hacer una visita a la ciudad, disponíase a llevarlos al campo con él. Sin embargo, su madre no quería consentir en ello al principio, considerando que los chicos causarían molestias a su tío.

Al día siguiente, cuando estaban todos en la estación del ferrocarril, decía la madre, al tío Jorge, mientras le entregaba los billetes de los niños:

-Ahora, acuérdate, si no se portan bien, de facturarlos a casa enseguidita.

Durante todo un día Matilde y Germán lograron mantenerse muy quietos y formales. Pero al siguiente soltaron al puerco por el huerto de las coles; luego quisieron echar mano a una colmena y fueron picados por las abejas; rompieron una rama del peral; escondieron el azadón del jardinero y tiraron la avena del caballo.

El tío Jorge se veía obligado a seguirles constantemente para impedir que llevarsen a cabo sus travesuras... Pero cuando la semana de campo terminó, les dijo:

-De veras siento que os vayáis, hijos míos, Me habéis hecho sentirme chiquillo de nuevo. ¡Adiós, simpáticos galopines!

Y los dos niños, apenados por tener que abandonar aquellas diversiones que tanto les agradaban, despidiéronse de su tío, prometiéndose volver apenas su mamá les autorizara para ello.

Perdido y recobrado

¡Dorotea! ¡Tío Arturo! Damián se ha perdido y no podemos encontrarle por ninguna parte. Y María, llena de angustia, atravesó corriendo la arenosa playa y llegó sollozando hasta el sitio en que se encontraba su hermana.

-¡Pronto daremos con él! -exclamó el tío Arturo levantándose para ir en busca del niño. Pero pasaron algunas horas sin que volviera el pequeño fugitivo.

Habían hecho una comida de campo en la playa y se había advertido a los pequeñuelos que no se perdieran de vista; pero Damián, excitado corriendo tras un insecto con su red de cazar mariposas, se extravió en su camino y vagaba en dirección para él desconocida.

Por fin, viendo la americana de un caballero sobre la arena, el niño, que estaba muy cansado, se tendió encima de ella y quedose dormido, con lo cual proporcionó una gran sorpresa al dueño de la prenda, al volver de su corto paseo. Aquel señor, que era un extranjero, pensando que era una lástima interrumpir el dulce sueño del niño, se sentó a su lado, esperando a que por sí mismo despertara.

Poco después, el tío Arturo llegaba corriendo por la orilla y pronto descubrió a su intrépido sobrinito, que les había dado un gran susto con su imprudencia.

¡Cuán contentos estuvieron todos cuando el tío volvió con el pequeño truhán a los montículos de arena!

El perro sabio

-He dado un paseo muy agradable, mamá, con la niñera y Loló, y nos hemos divertido mucho en el jardín -dijo Eva.- Francisco me dio algunas raíces de violetas y yo las planté; pero Turco las volvía a sacar una a una y me las traía de nuevo.

-Plántelas usted otra vez, señorita -me dijo Francisco.

-Ya lo he hecho, pero Turco me ha vuelto a jugar la misma partida.

-Yo las plantaré -repuso Francisco. Y así lo hizo en seguida; pero entonces Turco no se acercó por allí.

-Me parece que el perro la tiene a usted por una mala jardinera, señorita -dijo Francisco.

-¡Qué malo es Turco en pensar esas cosas! ¿verdad, mamá? -decía Eva a su madre.

Ante una espléndida mesa,
la familia conejil
se dispone, jubilosa,
a celebrar un festín.
Uno tira de la oreja
al de al lado, por reír,
mientras otro a una ratita,
sólo por verla gemir,
le agarra con fuerza el rabo...
y todos gozan al fin.

En el desierto

¡Qué placer, qué delicia tan grande
es tener un columpio muy lindo!
Yumbo el dócil, el bravo elefante
préstanos sus potentes colmillos,
y sostiene con ellos la cuerda

y nos mece con mucho cariño.
Viéndonos oscilar suavemente,
suspendidos así en el vacío,
el buen Yumbo nos mira y sonrío
revelando leal regocijo,
pues el juego también le divierte
y se muestra con él complacido:
No se agota jamás su paciencia;
y después que acabó el ejercicio,
si las gracias le dais satisfechos,
a su vez quedará el fiel amigo
muy contento de ver vuestro gozo,
muy gustoso de haberos servido.

El consejo de Pupi

De riquísimo dulce un bote entero
a «Micifuz», el niño quiere dar;
pero el gato desdénalo muy fiero,
y al ver al animal tan altanero
el chasqueado Gil rompe a llorar.

Con aire socarrón Pupi le mira
y el fiel dogo le dice en trance tal:

-Lo que a ti te ha ocurrido no me admira.
¿Te sorprende? ¿Parécete mentira?
Pues es perfectamente natural...
¡Vamos allá! No seas mentecato.
Si quieres librar bien, créeme a mí:
no vuelvas a ocuparte ya del gato,
porque al fin y a la postre es un ingrato,
y desde ahora, procura más por mí.

Camaradas

Eran cinco bribonzuelos andrajosos Juan, Pablo, Manuel, José y Carlos, y con ellos iba también siempre Amalia; sólo que esta andaba mejor vestida y su madre insistía en que llevara siempre zapatos. Los chicos gustaban de correr descalzos todo el verano y como vivían muy cerca del mar, quizá hasta les era conveniente este ejercicio. Los seis eran buenos amigos, viviendo en cortijos próximos entre sí; toda la semana se encontraban juntos en la escuela y los domingos jugaban en la playa o, lo que gustaba aun más a Amalia, escuchaban los cánticos de los fieles en la pequeña capilla de los pescadores del lugar.

En esos días verdaderamente deliciosos para la linda muchacha, ésta, con un sentimiento artístico precoz en verdad, oía con arrobamiento los himnos místicos, impregnados de una dulzura infinita, y aprendíalos de memoria, para cantarlos después, con su vocecita de ángel, a sus pequeños y traviosos camaradas.

El lindo perro León,
que estaba jugando un día
en amor y compañía del gatito Zapirón,
quedó de pronto asustado al ver una cosa rara.

-¡Cuatro patas y una cara!
-exclamó-. ¿Cómo ha llegado
ese mamarracho aquí?
¿No sabes cuál es su nombre?

-Permíteme que me asombre
-responde el gato-. No vi
en mi vida cosa igual;
pero en un libro ilustrado
que en un armario he hallado
está ese feo animal.

-¿Cómo se llama? -Tortuga.

-¡Lleva la casa consigo!

-Tienes razón; pero, amigo,
se arrastra como la oruga.

-¿Entonces será cobarde?

-Cobarde, sin duda alguna.

-¡Oh, qué placer! ¡qué fortuna!
-exclama, haciendo ya alarde
de valor el buen León,
y empezó con alegría
a jugar en compañía
del gatito Zapirón.

Carmencita y las azucenas

-Oye, corazoncito, ¿qué has hecho todo el día sin Nini?

Carmencita, levantando la vista hacia su papá, dijo:

-Pues mira: he estado en el jardín, jugando, cogiendo flores y haciendo otras muchas cosas.

-Pero -repuso su padre- ¡si yo pensaba que no tocabas nunca las flores!

-Las de nuestro lado, no; sólo las del otro lado de la verja. Aquéllas ya se pueden tocar ¿no es cierto papaíto? Eran muy bonitas y estaban a puñados al alcance de mi mano.

Papá se puso serio, pues las flores del «otro lado» estaban en el jardín de la anciana y respetable señora de Mendoza.

Advirtió, pues, a Carmencita que se guardara de tocarlas más. Al acostarse, la niña rezó sus oraciones sentada en las rodillas de papá, y después de las palabras de costumbre añadió: - ¡Ay! ¡Dios haga que aquellas hermosas flores crezcan en nuestro jardín y que papaíto me permita tocarlas!..

A la tarde siguiente, Carmencita bajó al jardín y, al contemplar las lindas flores que se erguían al otro lado de la verja, sintió la tentación irresistible de apoderarse de algunas. Pero, acordándose de la recomendación de su papa, se abstuvo de ello.

Vacaciones de otoño

Ahora que a los ardorosos
fulgores del sol de estío
reemplazan los frescos días
de otoño, nos despedimos
de la ciudad y hacia el campo
alegres nos dirigimos,
a la escuela y los maestros
dando, por fin, al olvido,
y trocando por los goces
de los juegos divertidos,
de los problemas geométricos
el insufrible suplicio.
Corriendo montes y llanos,
cada día descubrimos
nuevas sendas deliciosas,
nuevos preciosos caminos,
que, risueños, nos conducen
a parajes peregrinos.
Pero, a menudo, mi madre
me hace pensar en los niños
que abandonar nunca pueden
el polvoriento y mezquino
ambiente de las ciudades
donde se agostan, raquítics,

¡cuando a todos brinda el campo,
igual a pobres que a ricos,
con las gratas sensaciones
de sus placeres purísimos!
¡Con qué gusto auxiliaría
a esos desgraciados niños,
y cuánto sufro y padezco
por no serme permitido
socorrer más que a unos pocos,
cuando ellos son infinitos!

El pantano de las Brujas

-No, tú, Alí, no puedes venir -dijimos. -Vamos al Pantano de las Brujas y queremos estar de vuelta muy pronto.

El Pantano de las Brujas era un pequeño lago, oculto en el bosque, que siempre nos gustaba visitar.

Así pues, aquel día, la prima Isabel, mi hermana Marta y yo, salimos con la intención de pasar un buen rato por allí y aunque Alí ladraba y tiraba de su cadena, le dejamos solo. Mientras estábamos en la orilla del pantano, yo escuchaba los extraños cuentos que referían sobre una bruja que, según las gentes, vivió un tiempo allí, y que, a decir verdad, no era más que una pobre vieja del pueblo, cuando Isabel exclamó de pronto:

-¿Qué es aquello?

Miramos hacia donde señalaba, y a lo lejos, al otro lado de las oscuras aguas, vi moverse las altas cañas como si algún ser viviente se agitara entre ellas. En seguida se oyó el ruido de un cuerpo al caer en el agua y grandes ondas concéntricas llegaron a la orilla hasta nuestros pies.

-Viene hacia nosotras -dijo Isabel.

-¿Qué será? -pregunté yo con intensa curiosidad, a la que, si he de ser franca, confesaré que se mezclaba una buena dosis de sorpresa.

-¡Quién sabe! -repuso mi hermana Marta. -Tal vez se trate de alguno que, impensadamente, haya caído en el pantano.

Entonces echamos de ver que era Alí.

El inquieto animal habla roto su cadena, nos había seguido, y a la sazón cruzaba el Pantano de las Brujas para reunirse a nosotras. ¡Pobre Alí! ¡Qué fiel! ¡Con qué cariño lo recibimos cuando llegó a nuestro lado sacudiendo con fuerza el agua de su erizado pelaje!

El premio

-El que me traiga el mejor ramo, recibirá un premio -dijo la señorita Catalina.

Naturalmente, todos buscaron con ahínco, no precisamente porque necesitarán el premio, sino porque querían ser agradables a la señorita Catalina.

La tarde anterior Arnoldo estaba sentado en su cuarto, estudiando su lección, cuando llegó Gerardo, y sentándose en una silla se puso a llorar; de lo que Arnoldo quedó no poco admirado, pues Gerardo era ya grandecito. Mas pronto descubrió de qué se trataba; había perdido su ramillete de flores mientras intentaba salvar a un gatito de las manos de unos muchachos crueles que le acosaban, y, al hacerlo, se había torcido el tobillo.

-¡Qué mala suerte! -dijo. -No podré presentar ningún ramillete.

-No te desesperes de ese modo -díjole Arnoldo

-Es que el mal no tiene ya remedio -repuso Gerardo cada vez más afligido, -y me quedaré sin premio, seguramente.

Pero a la mañana siguiente, Arnoldo contó a la señorita Catalina lo que le había sucedido. Ella manifestó entonces que Gerardo merecía un premio extraordinario por haber salvado al gatito. Y Arnoldo alcanzó el premio por el mejor ramo de flores, con lo que ambos quedaron satisfechos.

En el Guadiana

I

En una hermosa
mañana
se hallaba un
hábil pintor,
pintando con gran
primor
el caudaloso
Guadiana.

II

Haciendo
muecas burlonas,
iban niños a
mirar
al diestro artista
pintar,
cual si fuera un
pintamonas.

III

Y cuantos chicos
pasaban
a los burlones se
unían,
y el mal ejemplo
seguían
y del artista
mofaban.

IV

Hasta que cólera
insana
arrastró, al fin,
al pintor,
que se arrojó con
furor
al caudaloso
Guadiana.

Una enferma desobediente

-Ahora te tomas esta medicina en seguida; Leda, y no me hagas perder tiempo. No te servirá de nada decir: -¡Oh, papaíto, no me la hagas tomar! Ahora no soy tu papaíto, sino tu médico. ¡Vaya!

El doctor Arce procuraba poner el rostro muy serio a su hijita, que estaba en cama, bastante enferma.

Pero, querido doctor, papaíto, ¿no puedes darme algo que tenga mejor gusto?

-Bebe en seguida, niña, que esto y no otra cosa es lo que te conviene.

Leda bebió otro sorbo y continuó encontrando faltas a todo durante el resto del día. Llegó a ponerse tan pesada, que su madre tuvo que decirla:

-Vamos, Leda, sé juiciosa. Mira: si no te enmiendas, te buscaré otro doctor y no verás ya más a papaíto.

Esta amenaza produjo su efecto y Leda empezó a recobrar en seguida la salud.

Poco a poco fue volviéndose más dócil, y decía: -Después de todo, esta medicina no es de las peores.

Por fin llegó a estar un día lo bastante bien para bajar al comedor envuelta en una manta; y, sentada entre almohadas, pudo tomar una buena taza de té.

-¿Cómo estás, Leda? -preguntóle cariñosamente su buen padre, apenas la pequeña convaleciente se hubo sentado con toda comodidad y arrebujado en su manta.

-Estoy mucho mejor, papaíto -repuso Leda- y creo que, si continúo así, pronto podré jugar, como antes, con mis amiguitas.

-¿Y a quién se lo debes? -insistió el doctor.

-Pues a ti y... a las medicinas -contestó la niña, no sin titubear algunos instantes.

-Durante mucho tiempo -dijo el padre- fue la peor paciente que tenía; pero ahora es la mejor de todas.

La nueva institutriz

Por un corto error de tiempo la nueva institutriz llegó más temprano de lo que se esperaba, y no encontrando a nadie que le aguardara en la estación, tuvo que marcharse a pie a casa del coronel.

Como se encontrara muy cansada después de la larga caminata, sentose en el hermoso parque para reposar un poco. Entonces oyó en la pradera un ruido que le hizo volver rápidamente la cabeza, y vio a un groom llevando de la brida a una jaquita, en la que iba montado un niño.

Este, al verla, saludó militarmente.

-¿Es usted el hijo menor del coronel? -preguntó la joven levantándose.

-¡Sí, soy Antoñito! -dijo el niño,- y voy a ser un soldado como papaíto, cuando sea un hombre grande. Estoy aprendiendo a montar; ya usted ve. ¿Viene usted a casa a ver a mi mamá?

-Sí, soy la señorita Preston, la nueva institutriz.

-¿De veras? ¡Ay, qué gusto! -exclamó el admirado Antoñito.- ¿Por qué, pues, Jaime y Ester decían que sería usted de seguro, una vieja fea y gruñona?

-Quizás se equivocaban -dijo la señorita Preston sonriendo.

-¡Sin duda se equivocaban! -exclamó el galante Antoñito.

-¿Así, pues, no te parezco fea? -preguntó jovialmente la institutriz.

-¡Oh! ¡todo lo contrario! -repuso el niño.

Y poco después oíase su voz que gritaba dentro de la casa:

-¡No es vieja ni gruñona! ¡Es muy guapa! ¡Jaime! ¡Ester! ¡Venid y veréis!

Guillermina en el bosque

¿Habrá venido hoy Anita?
Estoy por decir que no,
pues aquí, ayer, le picó
una araña pequeñita.
No fue valiente, en verdad
-prosiguió meditabunda;
luego añadió: -En realidad,
es que la araña es inmunda.

Luego, al mirar en su brazo
una araña detenida,
huyó, de miedo perdida,
temiéndole al picotazo.

El niño que no creía en Noel

Era todavía el veintitrés de diciembre cuando la bicicleta, cargada de juguetes, estaba ya esperando y el viejo Noel se encontraba dispuesto a emprender el viaje.

-Su nombre es Ricardo -decía al ponerse los guantes- y no cree en Noel.

El criado que sostenía la bicicleta lanzó una sonora carcajada, y el hombre de la luna, que estaba atisbando detrás de la montaña, sonreía francamente.

Noel había abandonado sus renos; parecía que debía seguir la marcha de los tiempos y los renos eran ya cosa fuera de moda; por su parte, éstos no velan con gusto que se les arrinconara, creyéndose dignos de ser tratados con mayor respeto y consideración. Después de haber servido bien y fielmente a un amo durante tantos centenares de años, era realmente poco agradable para los nobles animales el verse tratados de tal manera, y antojábaseles que no estaba del todo puesto en razón semejante proceder.

Sin embargo, nada podían hacer; lo cierto era que Noel había comprado una bicicleta y que los renos iban a quedarse en casa.

-Tengo un plan, un plan magnífico -dijo Noel al montar en la bicicleta.- No tardaré mucho en ponerlo en práctica.

Y se puso a correr por el camino. Franqueó montañas y dobló encrucijadas, diciendo mientras tanto para sí:

-Ricardo, tengo que hablar contigo. No puedo permitir que digas a otros niños que guarden golosinas y frutas para llenarse de ellas unos a otros las medias, porque en realidad no existe Noel. Ricardo, querido amiguito, esto no puede ser.

Saltó de la bicicleta sin detener su carrera, se envolvió en su holgado manto, cargose el pesado saco sobre los hombros y trepó por la pared de una casa hasta la chimenea, tan fácilmente como vosotros hubierais subido por una escalera. Luego, descendiendo por el cañón de la misma, llegó al cuarto del infortunado Ricardo.

Este hallábase acostado en su caliente y bien mullido lecho, sumido en profundo sueño, y bien ajeno ala visita que iba a recibir en aquel instante.

-¿Cómo estás esta noche, amiguito? -exclamó Noel, mientras el niño se incorporaba asustado.- Levántate y vístete en seguida, que vas a venir conmigo -dijo Noel.- Esta noche llenarás tú las medias. Ea; ¡arriba, perezoso!

Y alargando una mano al niño, le ayudó a salir de la cama.

Ricardo no decía una palabra, pero se puso los vestidos, con precipitación, en la mitad del tiempo acostumbrado.

-Ahora, en marcha, aprisa -dijo el viejo caballero,- y quizás será mejor que cargues tú con el saco. Estoy seguro de que mis espaldas no dejarán de agradecértelo.

Y Noel empujó a Ricardo chimenea arriba, llevándolo por encima de los tejados de las casas. Una vez, ocultándose tras una chimenea, se rió de él de muy buena gana, y otra tuvo

que hacer como que se enfadaba, porque Ricardo se detuvo al ver lo estrechas y negras que eran algunas chimeneas.

-¿Empiezas a creer en Noel? -preguntó el anciano caballero. Pero Ricardo no tenía aliento ni para mover la cabeza.

-Me parece que no lo haces muy bien -dijo, viendo que el muchacho llenaba una media de muñecas y muñecos. -Supongo sabes que ésta es la media de Gertrudis. Sin duda no conoces a la señora. Naturalmente, sonreirá cuando baje esto por las escaleras, pero también puede enfadarse.

Noel se enfadaba de veras, pero el infeliz Ricardo no decía ni una palabra, poniendo en la media lo primero que encontraba a mano en el saco, sin saber nunca si a su propietario le gustaría o no el obsequio.

A la media de una doncella, fue a parar una muñeca japonesa y un feo muñeco negro; por una feliz casualidad, un niño pequeño recibió una trompeta y un tambor, y Ricardo llenó una media muy grande de muchacho con unos paquetes que luego Noel dijo estaban llenos de paja y basura.

Por fin el saco quedó vacío y Ricardo se alegró de encontrarse otra vez por los tejados. Estaba cansado y molido.

Al llegar sobre el techo de su propia casa, Noel lo metió de repente en el saco y bajó la chimenea con él.

-¿Crees ahora en Noel? -preguntó.

El chico hizo una señal afirmativa y se metió en la cama, pero no hizo más que removerse inquieto hasta la hora de levantarse.

Almorzó muy aprisa, antes que bajaran su padre y su madre, y se dispuso a salir a la calle.

El día anterior lo había pasado ayudando a otros tres muchachos a construir un trineo y habían convenido en reunirse lo antes posible por la mañana para terminarlo.

Pero, al llegar a la puerta, se encontró con su hermanita Matilde, que le preguntó alegremente:

-¿Adónde vas tan de prisa?

Voy a ver a mis amigos, para poner en práctica una expedición que, desde ayer, tenemos proyectada.

-¿No quieres, pues, acompañarme a pasear esta mañana, como de costumbre? -dijo la niña.

-No, no me es posible -contestó Ricardo con tono resuelto.

-Está bien -replicó Matilde con acento de reproche; -en ese caso, yo tampoco te daré una buena noticia que te tenía preparada.

-¿Qué es ello? -interrogó Ricardito muy intrigado.

-Nada; si no te quedas, no lo sabrás, te lo aseguro.

-Pues bien -insistió Ricardito, parlamentando a medias, -si me lo dices, iré a ver a mis amigos, porque lo tengo prometido, pero volveré en seguida a reunirme contigo.

-Está bien -replicó tenazmente la niña,- cuando vuelvas te lo diré.

Ricardo, lleno de despecho, partió para ver a sus amigos, y proseguir con ellos la construcción del trineo.

Hacía poco rato que estaba clavando clavos, cuando los otros tres aparecieron. Tenían el gran proyecto de coger el caballo del colono para que tirara del trineo, y Ricardo olvidó las penas de la noche aplicándose al trabajo.

Terminado el trineo, se apoderaron del caballo con poca dificultad y la partida marchó alegremente.

-¡Esta si que va a ser una verdadera expedición! -exclamó entusiasmado Ricardo.

-¡Magnífica! -dijeron a coro sus amigos.

-Bueno -intervino uno de ellos,- pero, a todo esto, aun no sabemos adónde hemos de dirigirnos.

-Poco importa adónde -replicó Ricardo, que era el más resuelto de todos. Cuando el caballo se canse, volveremos a casa.

-¡Eso es! -gritaron a coro los excursionistas, con el mayor regocijo. -Seguiremos hasta que no podamos ir más lejos.

Y la expedición continuó adelante, pero al dar la vuelta a una colina, vieron una figura humana a un lado del camino.

-Es el colono -dijo uno de los muchachos.

-Es un policía -exclamó otro.

-Quizás sea Noel -añadió el tercero.

Ricardo lanzó un grito de horror, y envidió más que nunca a los niños que, creyendo en Noel, van a visitar el árbol de Navidad, y para los cuales guarda todos sus regalos el anciano caballero.

El caballo echó a correr arrastrando consigo el trineo.

Los chicos no se hicieron el menor daño y tres de ellos corrieron a dar caza al caballo; pero adelantándose Ricardo, le paró y lo condujo hacia casa.

Su hermana Matilde le encontró en la puerta, como había sucedido al partir.

-¿Por qué has tardado tanto? -preguntó.- Mamá te necesita. Ha llegado una tarjeta invitándonos a visitar el árbol de Navidad en las Torres. Esta es la noticia que te guardaba. El año pasado fue una agradable fiesta. ¡No te acuerdas, de que vino Noel?

-Sí que me acuerdo -dijo el muchacho,- pero Noel vino ayer noche.

-Vendrá también esta noche -dijo Matilde;- esta noche es Navidad.

Ricardo parecía intrigado.

-¿Fue acaso un sueño? -murmuró en voz baja.

-La otra noche -exclamó Matilde- tuve un hermoso sueño. Imaginé hallarme en el país de las hadas.

No me acuerdo de cómo llegué allí... me gustaría recordarlo porque así podría volver de nuevo... pero de una manera u otra, el caso es que llegué y vi a la reina de las hadas, cuyo retrato tengo en un libro que hojeo con frecuencia. La reina iba en su carroza tirada por cuatro hermosas mariposas, rodeada de gran número de damas y criados como es del caso, y en verdad que era muy amable y graciosa. Me quedé muy triste cuando desperté. ¡Pero tú no crees en hadas!..

Ricardo permaneció durante varios minutos muy ensimismado en sus pensamientos.

Matilde le contemplaba con aire admirado; su hermano no se parecía en nada al Ricardo de costumbre.

-¿Qué pasa? -dijo por fin.

Matilde empezaba a mostrarse impaciente. -¡Bueno! -dijo.- Si no tienes nada que decirme, me marchó.

-Oye, Matilde -exclamó Ricardo de repente,- tengo algo que contarte. Noel ha venido la noche pasada y me ha hecho llenar muchas medias con cosas que no eran del caso porque no creía en él. ¿Crees que me hará también llenar nuestras medias esta noche? ¿Qué debo hacer?

-En mi mejor libro de hadas, se dice algo sobre eso -dijo Matilde.- Déjame que recuerde; se lo leí en alta voz a Priscila el otro día. Noel sólo se presenta a los niños buenos y amables. Esto es lo que dice.

-Pues yo prefiero ser malo -repuso Ricardo. No quiero que venga a verme de nuevo.

Pero su madre gritó en aquel instante: -¡Matilde! -y Matilde echó a correr, dejándolo solo.

-Tal vez si me acercara a la chimenea y dijera: «Noel, creo en ti» quedaría satisfecho -pensó el niño. Y se arrodilló en el hogar.

-¿Qué estás haciendo aquí y dónde has estado toda la mañana, Ricardo? -preguntó su madre.

Ricardo estuvo un momento pensando; luego le contó su salida en el trineo.

-Bien, no te reñiré por el paseo, si ningún daño ha sufrido el caballo viejo -dijo su madre.- Me alegro de lo que me cuentas; creía que algo te preocupaba.

Cerca de la puerta encontró a Matilde y a uno de los muchachos que habían salido con él en el trineo. Matilde llevaba en la mano un pajarito helado.

Momentos antes se estaban ambos paseando por la nieve, cuando Matilde, adelantándose rápidamente, recogió al pobre animalito, que estaba tendido frente a ellos. Era un pitirrojo y parecía estar ya frío y rígido.

-Jaime dice que está muerto, pero yo no lo creo -decía Matilde dirigiéndose a la casa.

-¿Has encerrado el caballo? -preguntó Ricardo.

-El caballo está bien sin que tenga que agradecértelo a ti -dijo Jaime, avanzando un paso.

-Siento haber contribuido a asustarle -repuso Ricardo corriendo hacia Matilde.

-Ten cuidado -díjole esta;- no vayas, con tu precipitación, a acabar de estropear al pobre animalito.

-Está tranquila -repuso el niño,- no le haré daño.

Ayudó a envolver el pajarito en un trozo de franela, pusieronle en un cesto cerca del fuego, y antes de marcharse tuvieron el gusto de oírle piar.

Noel quedó olvidado toda la tarde y Ricardo se divirtió mucho, pero cuando se iban a la cama, su madre le dijo:

-No te olvides de dejar colgadas tus medias.

Ricardo no las colgó sin antes haber dicho tres veces en el hueco de la chimenea:

-¡Noel, ya creo en ti!

Al principio pensó que debía permanecer despierto, esperando a Noel, para explicarle, cuando viniera, que debía haber habido alguna equivocación; así pues, permaneció quieto en la cama durante largo rato, procurando mantener los ojos muy abiertos y vigilando muy cuidadosamente la chimenea. Pero la cosa le era muy difícil, pues sus párpados se cerraban pesadamente, pareciéndole que nunca había sentido tanto sueño en su vida; hizo un supremo esfuerzo para mantenerse despierto; mas, casi al mismo instante, quedó profundamente dormido. Entonces tuvo un desagradable sueño; una familia humana sentada a la mesa iba a comer un pavo que aparecía en una fuente, mientras una familia de pavos se estaba comiendo un niño, tendido también en una fuente; pero no se asustó del todo, pues comprendía que era un sueño. Al despertar quiso ver enseguida sus medias; estaban llenas hasta los bordes, por lo que se hizo cargo de que Noel había venido y le había perdonado. Desde aquel instante juró no decir nunca más: «Noel, no creo en ti.»

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

